

3 Enero 1970

Amada mía:

Te he vuelto a llamar por teléfono y no he podido escuchar tu voz. Estabas ausente.

Ésta es la verdad: tanto dolor me produce oírte como no oírte, porque mi verdadero padecimiento estriba en no tenerte para el placer ni para el sufrimiento. Conforme transcurren los años, mi mal se transforma insensiblemente en sustancia e interioridad, en suma: en mi realidad.

Pienso en los últimos trastornos de mi corazón, atribuidos por el médico a preocupaciones inconscientes, no poseen otra causa que la constante, sutil e imperceptible obsesión de tu ausencia. Se trata de una inquietud leve, apenas incisiva, pero continua y en vela sin fin, total compañera de mis días y sus segundos. Estoy muerto sin ti, y un muerto encarna la tristeza.

Cuanto hago es sustitutivo de la verdad y la vida que para mí representas. Todas las personas me parecen máscaras, a veces odiosas, a veces tolerables, a veces inocentes y a veces insoportables. No hay para mí alegría natural sin su real origen, tu causa. Mi melancolía no es una forma del ser estético, sino total nihilismo, disposición de enfermo metafísico. Mucho me considero para lo que hago y poco para lo que pretendo en ti.

Te escribo con indecible dolor: Me es inapartable. Perdóname. Eres mi totalidad, y forzosamente he de vivir provisional sin ti.

Cuando era más joven, te escribía a Navares de Enmedio, para elogiarte. Hoy lo hago para llorar el no haberte logrado enteramente. Siempre te he amado, y te amo. Mi vida no ha sido otra cosa que una afección y una continuada reflexión y palabras sobre ti.

No quiero que te entristezcas, aunque de mi tristeza sepas. Has de alegrarte sabiendo que todo el interés hallado en mi vida, lo debo a tu persona. Mis huesos se han reído al verte, y mi corazón ha saltado en el pecho; mi intelecto ha recibido su savia de ti, y mi pensamiento ha fluido cuando tú escuchabas y no me contradecías. La luz de tus ojos me ha confortado más que ninguna fe.

Por ti he intentado probar la existencia de la Divinidad, inventando una nueva vía. Me has hecho conocer el calor; el sabor de los alimentos, las piernas leves, el aroma de las infusiones, la paz sin palabras, la novedad del talante, la tarde de invierno, la amistad del frío, la extensión del mal; el amor del libro, y hasta la comparecencia del paisaje, para cuyo sentir no nací dispuesto.

He querido, en una larga y paciente obra, cuyo original te he entregado, transformarte objetividad, arrancándote de la biografía, para que los hombres te conozcan como una forma de la Tierra. He sido objetado por ello, como bien conoces. Empero, si este libro vale, tú valdrás tanto como él.

Me entenece cuanto por mí has hecho; bajo los ojos cuando pienso cómo me has mirado y me miras. No existe en mi esperanza la idea de extensión que tú no habites.

Miguel